

SEDES Y CUARTELES

Mariano JUAN Y FERRAGUT
Capitán de Navío (R)

Introducción

Desde que en nuestros años mozos empezamos a deambular por las calles y arsenales de las capitales departamentales, se nos despertó la curiosidad por conocer cómo sucedieron ciertos hechos históricos, las circunstancias que los rodearon y muy especialmente los escenarios donde se produjeron. En este desiderátum, uno de los escenarios que bien pronto nos interesó fue la localización de los edificios que albergaron las Compañías de Guardias Marinas, es decir las sedes académicas, los cuarteles y las posadas.

Para mostrarles dónde se ubicaron, les invitamos a un recorrido por las capitales de los tres departamentos marítimos en el que tendremos que referirnos tanto a los arsenales, puesto que los tres albergaron academias de guardiamarinas, como a las capitanías cuyos edificios fueron sede de sus cuarteles y viceversa.

Como es sabido, la construcción de los arsenales corrió a cargo de ingenieros militares, pues todavía no se había creado el Cuerpo de Ingenieros de la Armada, mientras que para las nuevas construcciones de las Compañías de Guardias Marinas se recurrió a los arquitectos más afamados de la época: Villanueva, el que diseñó el Museo del Prado, y Sabatini, el de la Puerta de Alcalá.

Lo que llama la atención es el contraste entre las construcciones civiles de las capitales departamentales y las de los arsenales. Pues nuestras queridas ciudades de San Fernando, Ferrol y Cartagena no sobresalen por sus edificaciones civiles, si bien debemos destacar la ilustrada «tableta de chocolate» ferrolana, los singulares edificios modernistas cartageneros, y los cierros y casas puerta de la Isla. En todo caso, debemos resaltar sus sedes consistoriales, pues el ayuntamiento de San Fernando es de los más grandes de España, y el de Ferrol no le va a la zaga, mientras que el cartagenero destaca por su magnificencia.

CRONOLOGÍA

1717	Se crea en Cádiz la Real Compañía de Guardias Marinas
1751	Se nombra capitán de la Compañía a Jorge Juan, quien en 1753 crea, integrado en la Compañía, el Observatorio de Marina

1769	La Real Compañía de GG.MM. se traslada a la Isla de León
1776	Se crean dos nuevas Compañías: la de Ferrol y la de Cartagena
1824	Se suprimen las de Cartagena y Ferrol, conservándose la de Cádiz
1825	Traslado al arsenal de La Carraca, con el nombre de Colegio Real y Militar de Caballeros GG.MM.
1828	Se cierra el Colegio, por dificultades de la Hacienda
1841	Se crea la clase de aspirante de Marina
1845	El 1 de enero se inaugura el Colegio Naval Militar en San Carlos
1867	Cierra el Colegio por razones económicas y excesivo número de GG.MM.
1871	El 1 de enero se inaugura en Ferrol la E.N. Flotante en la frag. <i>Asturias</i>
1907	Se clausura la E.N. Flotante, y se suprime el ingreso de GG.MM.
1913	Se inaugura la E.N. en San Carlos (San Fernando)
1938	Se decide trasladar la E.N. a Marín. En Cartagena se crea la E.N. Popular
1943	Se inaugura la Escuela Naval Militar en Marín.

Las sedes en la ciudad de Cádiz

Pasemos a ocuparnos de la Real Compañía de Guardias Marinas, sobre cuya creación en Cádiz en 1717 ayer nos ilustró José M.^a Blanco con toda la brillantez y amenidad a que nos tiene acostumbrados.

Hasta entonces no había un centro específico para formar a los oficiales de Marina, que procedían:

- la mayoría, del Colegio de Pilotos de San Telmo, fundado en 1681 en Sevilla, donde también recibían cierta formación castrense, principalmente de artillería. Es de señalar que durante setenta años funcionó el Colegio de San Telmo de Málaga (1787-1847), siendo uno de sus directores el novelista Juan Valera, uno de sus profesores el padre de Antonio Cánovas del Castillo, y un alumno famoso Gustavo Adolfo Bécquer;
- los cadetes de Galeras, de Cartagena, llamados guardias de estandarte;
- los formados, del extranjero. Al respecto, varios autores recurren al heroico Blas de Lezo, si bien hasta 1714, con veinticuatro años, siendo capitán de navío no se incorporó a nuestra Armada.

En 1717 Cádiz ya era la capital marítima española, pues medio siglo antes, aproximadamente, ya había desbancado a Sevilla como cabecera de la Carrera de Indias. Solo faltaba darle carácter oficial, ordenando el traslado desde la capital bética de la Casa de Contratación, entonces presidida por Patiño, que simultaneó el cargo con el de intendente general de la Marina de España, para el que había sido recién nombrado.

En aquel tiempo, Cádiz era una ciudad pujante donde proliferaba el comercio ultramarino, con cargadores de Indias y mercaderes de las principales casas europeas, una ciudad cosmopolita que se disponía a vivir su siglo de oro

y que pocos años después sería la capital del departamento marítimo y sede de la Dirección General de la Armada; por ello, no debió de resultar fácil acomodar la avalancha de los nuevos residentes que acudían en busca de las copiosas riquezas que generaba el comercio marítimo con ultramar.

Patiño analizó el sistema de formación de los futuros oficiales de las dos primeras potencias navales de la época y se decidió por uno mixto entre la teórica en tierra de los *gardes de la Marine* y el práctico de los *midshipmen* a bordo.

La estructura de la Real Compañía de Guardias Marinas era doble. Por un lado estaba la Compañía propiamente dicha, una unidad militar mandada por su capitán (oficial general), auxiliado por un teniente (capitán de fragata) y un alférez (teniente de navío), todos del Cuerpo General. También contaba con un capellán, dos músicos y un tambor. Y por otro, la Academia, para la formación científica y humanística, con sus maestros —el primero, de matemáticas, era el director de la Academia—. También había maestros para cosmografía, náutica, artillería, maniobra, fortificación, armamento, construcción naval, esgrima, música y danza.

El gobierno de esas dos ramas recaía en el capitán, siendo la labor del director de la Academia coordinar y supervisar a los maestros. En los primeros tiempos hubo ciertas fricciones entre las jefaturas de ambas ramas, pero a partir del nombramiento de Jorge Juan como capitán de la Compañía quedó claro que también tenía la última palabra en lo referente a la formación que debían recibir los guardiamarinas por parte de la Academia.

En Cádiz, la Real Compañía fijó su sede en el aristocrático barrio del Pópulo, en varias casas alquiladas a los Villavicencio al lado del Ayuntamiento, que también cedió algunas habitaciones contiguas a la Cárcel Real que habían servido de vivienda a los corregidores, para comunicarlas con las de los Villavicencio. En estas habitaciones, por detrás de la cárcel, se instaló la vivienda del capitán de la Compañía. En la Academia radicaba la enseñanza, con sus clases, biblioteca y armeros, mientras que la posada o cuartel empezó a funcionar algo más tarde, por lo que en un principio no se alojaban todos juntos.

Por motivos particulares, falta de habitaciones u otras causas, a los alumnos se les permitía vivir en casas de parientes o en otras, y de su control se encargaba uno de los oficiales de la Compañía. Al objeto de dar posada al mayor número de guardiamarinas, se empezó a utilizar el castillo de la Villa, a la vez que se alquilaron más casas de los Villavicencio, entre ellas la que llamaban Casa del Canónigo. Todos estos alojamientos de la Compañía dieron lugar a que la calle donde estaban situados se conociera como la de la Posada de la Academia.

Con el nombramiento de Jorge Juan como capitán, la Compañía experimentó una transformación radical. El ilustre alicantino actualizó las enseñanzas, renovando al personal docente. Contrató a un experto instrumentista para el mantenimiento y manejo de los aparatos de astronomía y navegación, con el propósito añadido de que en España se aprendiera a construirlos y no

depender de las compras en el extranjero; para la clase de artillería, se la dotó con un cañón con todos sus accesorios, y para las de construcción y manio-bras, de modelos de cada tipo de buque, fabricados de tal manera que pudiesen separarse todas sus partes en piezas numeradas, con sus nombres y proporciones, que el profesor explicaba una por una.

También montó una imprenta para la edición de libros de texto y, como necesario complemento para la formación científica de los guardiamarinas, creó un observatorio astronómico en el castillo de la Villa, con los aparatos que él había comprado o encargado en Londres. Con esta reforma integral se consiguió que la Real Compañía, además de mejorar la formación de los futuros oficiales de la Real Armada, se convirtiera en el primer centro de la España ilustrada para el estudio de las ciencias.

En 1728, los reyes visitaron Cádiz, y desde el balcón del Ayuntamiento presenciaron una parada militar en la que participó la Compañía de Guardias Marinas. También visitaron don Felipe y doña Isabel el «más brillante de los establecimientos de Patiño, los guardiamarinas», donde los jóvenes cadetes hicieron alarde de conocimientos en presencia de los reyes, siendo examinados por los profesores «sobre las más difíciles cuestiones de la Cosmografía, Náutica y otras Ciencias Matemáticas de su instituto, a que respondieron con gran acierto; y después se ejercitaron en otras habilidades propias de su profesión, a que dieron fin con una contradanza de espadas negras, que acreditaron su agilidad y destreza en el baile y en la esgrima».

En Cádiz, la capitanía general radicaba en una casa recién construida, que se denominó de las Cuatro Torres por tener una torre gemela en cada esquina. A la espalda de capitanía, en la calle de los Doblones (actualmente de Manuel Rancés), se hallaba la vivienda del capitán general, y en la calle lateral, que unía ambos locales, se encontraban los servicios generales y el cuerpo de guardia.

Separados por la calle Garita de la Escalerilla se hallaba el Cuartel de Batallones de Marina —organizados por Patiño en 1717—. Había un total de doce batallones, cada uno formado por 600 hombres, cinco de los cuales residían en Cádiz, ocupando el cuartel de San Felipe, cuya puerta de entrada estaba en la hoy plaza de Argüelles. Cuando el cuartel fue demolido, en su solar se construyeron las casas de las Cinco Torres, que hoy lindan con la plaza de España.

Traslado a la Real Isla de León

A medida que florecía el comercio ultramarino y que compañías privilegiadas de navegación y casas comerciales iban afincándose en Cádiz, se pensó en trasladar el Cuerpo de Marina (así se llamaba entonces) y sus instalaciones (capitanía del departamento, Compañía de Guardias Marinas, Batallones de Marina, astillero, etc.) a una localidad del interior de la Bahía. Ello suponía el traslado de unas 16.000 personas.

Desde las primeras visitas, Patiño se percató de la privilegiada situación estratégica de la Isla de León, que se había incorporado a la Corona como villa de realengo precisamente en la mencionada visita de los reyes a Cádiz. El traslado se efectuó en 1770, siendo capitán general el marqués de la Victoria, el quinto que había ocupado el cargo en Cádiz, en el que sucedía entre otros a Blas de Lezo. La capitanía general del departamento se instaló en la llamada Casa Micolta (actual núm. 185 de la Calle Real).

Posteriormente, la Armada compró unas casas y solares cerca del castillo de San Romualdo, donde se levantó un edificio para capitanía (núm. 4 de la Calle Real). En 1868, coincidiendo con el establecimiento en Ferrol de la Escuela Naval Flotante, capitanía se trasladó al edificio que aquella ocupaba en la Población Militar de San Carlos. En 1910, tras el regreso de la Escuela a San Fernando, retornó a su anterior ubicación de la Calle Real. En 1917 se levantó el actual edificio, que fue profundamente remodelado en 1958. En la actualidad, parte del edificio acoge al Museo Naval, mientras que el primer acuartelamiento de los Batallones de Marina fue el castillo de San Romualdo, histórica fortaleza que guardaba el llamado «Lugar de la Puente», el actual Puente Zuazo.

La Compañía de Guardias Marinas se trasladó a la Isla de León en noviembre de 1769. Esta mudanza fue del agrado de los profesores, que deseaban apartar a los cadetes de las excesivas distracciones de la bulliciosa ciudad gaditana. La academia se instaló en la Casa de Reyna, frente a la nueva sede de capitanía, y el cuartel se estableció en la Casa del Sacramento.

La fachada principal de la Casa de Reyna daba a la Calle Real, y después de las importantes obras que se realizaron, entre ellas dotarla de agua, quedó con la siguiente distribución: tras la fachada, se instalaron la imprenta, la biblioteca y la casa del bibliotecario. Tras el patio estaban las aulas. La de navegación también era sala de bailes, y el aula de aritmética, por las tardes era el salón de esgrima. El observatorio se pensaba construirlo sobre las salas traseras.

El cuartel se instaló en la barriada del Sacramento, situada en la prolongación de la actual calle Manuel Arriaga, detrás del amplio edificio que la Compañía de María tiene en la Calle Real. Disponía de sala de armas, una extensa biblioteca y, desde 1774, un museo.

Bien pronto, en 1770, la Armada adquirió, por 27.000 pesos, la Casa del Sacramento, junto a unos solares colindantes, a su propietario, el marqués de Casa Tobares, con el objeto de concentrar en ella tanto el cuartel como la academia. En 1774 se remitieron al ministro Arriaga los planos para el nuevo proyecto, informándole del estado lamentable de la academia y de la necesidad de que se instalara contigua al cuartel, así como del deseo de aumentar las viviendas y construir un tercer piso. En el Archivo de Simancas se conservan los planos de los proyectos para la mencionada finca, a la que se planeaba acondicionar como academia. Uno de ellos describe los tres pisos del inmueble y la distribución de los distintos servicios, así como la vivienda del capitán-comandante.

Por aquel entonces se decidió reunir todos los edificios de la Marina en una nueva población que se iba a construir para tal fin, lo que paralizó los trabajos proyectados para juntar la academia con el cuartel. La idea de una nueva población no era nueva —el marqués de la Victoria ya la había propuesto en 1750—, pero no fraguó hasta el reinado de Carlos III.

El primer proyecto de la Población Militar de San Carlos (los planos, al parecer, no se conservan, pero en Simancas sí existe abundante documentación y memorias) fue de Sabatini, quien se empeñó en realizar una ciudad ideal en línea con las ideas ilustradas, algo que no se ajustaba a las necesidades de la Armada. Por ello, cuando ya se habían iniciado las obras, una vez completada la explanación y nivelación del terreno, se encargó un nuevo proyecto al capitán de navío Vicente Imperial Diguero (antiguo ingeniero militar pasado a la Marina), que realizó un proyecto más realista y acorde con los deseos de la Armada, y que contaba con un edificio para la capitanía general, otros para la intendencia, contaduría y tesorería, cuartel y academia de guardiamarinas, academia de pilotos y cuartel para los Batallones de Marina, etc. También se proyectó una iglesia-catedral —de ahí que contara con dos sacristías— consagrada a la Inmaculada Concepción, que con el tiempo se convertiría en el actual Panteón de Marineros Ilustres. Y el convento que debía albergar a los franciscanos para el culto de la iglesia se convertiría en el antiguo Hospital de Marina.

Desafortunadamente, el proyecto nunca llegó a completarse. Apenas se construyeron unos pocos edificios, y la idea ilustrada de museo y biblioteca científica quedó interrumpida a causa de las sucesivas crisis económicas. También se pensó instalar el Observatorio en San Carlos, pero se levantó en el pago de Torre Alta, finalizándose la obra en 1797.

El traslado de la Compañía de Guardias Marinas a San Carlos tuvo que esperar más de cincuenta años, hasta 1845, con la creación del Colegio Naval.

La Casa del Sacramento, una vez abandonada por los guardiamarinas, sirvió durante muchos años de vivienda a familias modestas. Posteriormente, dado su estado de inhabitabilidad, fueron desalojadas. Al cabo de un siglo se conservaba en estado ruinoso, pero aún podía contemplarse lo que había sido el patio de instrucción de los alumnos y el artesonado de paredes y techumbres.

Las Casas de la Reyna y del Sacramento permanecieron en pie hasta su derribo en la década de los setenta del siglo pasado, sin que se alzara una sola voz en defensa de su conservación.

En el flamante Museo Naval de San Fernando se conserva el escudo nobiliario de la familia Barrios en mármol de Carrara, que presidía la Casa del Sacramento, que sirvió como primer cuartel. Dicho escudo lleva la inscripción DOY GRACIAS Y ADORO AL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR, cuyo origen se remonta a finales del siglo XVIII, cuando durante una procesión del Corpus en Cádiz desfogó un tremendo aguacero que motivó que la custodia se resguardara en la casa de Diego de Barrios, próspero cargador de Indias y almirante de aquella carrera, quien para conmemorar el suceso mandó construir una

nueva casa, con mármoles traídos de Carrara, que desde entonces es conocida por la Casa de las Cadenas, sede actual del Archivo de Cádiz.

La Casa del Sacramento de la Isla de León también pertenecía a la familia de los Barrios, al igual que la llamada Casa del Almirante, sita en el barrio del Pópulo.

Creación de las Compañías de Ferrol y de Cartagena

Conforme se iba desarrollando la política de Ensenada para el fortalecimiento de la Armada con las nuevas construcciones navales impulsadas por Jorge Juan, la necesidad de oficiales fue aumentando, siendo la Compañía de la Isla de León incapaz de satisfacer esta creciente demanda. Por ello, Carlos III firmó, en agosto de 1776, un real decreto disponiendo que «para beneficio de todas las provincias del reino se forme y establezca en cada uno de los tres departamentos una Compañía de Guardias Marinas»

Para formar la primera promoción, se asignaron 60 guardiamarinas a la Compañía de Ferrol y otros tantos a la de Cartagena. Sus respectivos capitanes, tenientes y alféreces tuvieron un grado inferior a sus similares de la Compañía gaditana, a la que aquellas estaban subordinadas.

La creación de las nuevas Compañías suscitó reacciones contrapuestas. Unos decían que realizaban la importancia de los departamentos y que facilitaban el ingreso de nuevos futuros oficiales, mientras que otros argumentaban —muchos «a toro pasado»— que su creación había sido costosa e inútil, pues había triplicado los gastos de cuarteles, academias y observatorios y creado un exceso de plantillas de oficiales, maestros, músicos y personal auxiliar, y que los guardiamarinas hasta 1776 —época del apogeo de la Marina— se formaban en una sola academia. Al final se impusieron tales criterios y en 1824 se acordó suprimir las de Ferrol y Cartagena, por resultar gravosas y superfluas, conservándose solo la de Cádiz y proponiéndose que solo se formasen 100 o 120 guardiamarinas.

Las sedes de Ferrol

Los 60 guardiamarinas que formarían la primera promoción de Ferrol embarcaron, a las órdenes del capitán de navío Winthuysen, en el navío *San Miguel*, siendo alojados provisionalmente en el viejo cuartel de Batallones de Esteiro.

Para instalar la academia se desalojan dos casas en el arsenal que servían de morada a dos ingenieros, pero según Sánchez Carrión finalmente se decidió que debían estar unidos el cuartel y la academia, por lo que se ubicaron en «la que está a la entrada de la puerta de los diques inmediata a la del Almirante del Arsenal tomando de esta si faltasen algunas piezas bajas para sala de estudio de todas clases, y demás oficinas de la propia Academia».

Lo dicho anteriormente no va en consonancia con lo que se expresa en el libro *La Compañía de Guardias Marinas de El Ferrol y su Cuartel*, de Jaime Salvá: «... mientras el edificio a medio construir en San Roque —del que después hablaremos— empezaba a desmoronarse, perdiéndose lastimosamente los caudales invertidos en la obra, como símbolo del rápido derrumbamiento de nuestra Marina, los guardiamarinas continuaban mal alojados en el vetusto cuartel de Esteiro, a considerable distancia de la Academia donde seguían sus estudios».

Abundando en lo dicho, en el mismo libro se lee que en 1798 el capitán de la Compañía hacía presente al capitán general uno de los inconvenientes del cuartel de Batallones, «incómodo y perjudicial para la salud de los Guardiamarinas era el largo trecho que tenían que atravesar desde su cuartel cuando, en las continuas lluvias del invierno, veíanse obligados a recorrerlos cuatro veces al día, atravesando un largo descampado bajo las inclemencias de aquel clima».

En 1788 se inició la construcción de un nuevo cuartel, proyectado por Sabatini, en el campo de San Roque, en el solar donde había existido otro para las brigadas de Artillería. Durante su construcción se apreció que las torres del próximo convento de San Francisco podían obstaculizar el campo de visión del observatorio con que se preveía dotar al nuevo cuartel, por lo que el citado templo no se aderezó con torres/campanarios. Las obras sufrieron muchas paralizaciones por dificultades económicas, y en 1795, cuando se hallaban muy adelantadas, un real decreto dispuso su supresión por no ser un gasto necesario.

Debido al abandono en que se encontraba el edificio, los materiales se fueron deteriorando, siendo aprovechado el que se hallaba en buen estado para nuevas construcciones de la Armada.

Mientras tanto, los guardiamarinas continuaban mal alojados en el viejo cuartel de Esteiro, en el que se instaló un deficiente observatorio dotado de escasos instrumentos.

Sobre el cuartel de Esteiro, leemos en la página 564 del libro *Historia de la Ciudad y Departamento Naval del Ferrol* (Madrid,), escrito por José Montero Aróstegui:

«Desde este obrador empieza la muralla que divide el arsenal de la población, la cual construida nuevamente en su mayor parte en 1857, avanzó con un martillo saliente y dejó dentro del arsenal el cuartel de guardiamarinas y observatorio astronómico, que hasta entonces estuvo fuera de las tapas del astillero. En este edificio, cuya construcción fue contemporánea del arsenal, estuvo la suprimida academia de guardias marinas. El observatorio astronómico, aunque surtido con un corto número de instrumentos, sirvió para dar una idea práctica a los oficiales de marina. Las observaciones principales se emprendieron en abril de 1788, y siguieron hasta fines de 1794. Desde que en 1825 se suprimió en Ferrol dicha academia de guardias-marinas, quedó este edificio enteramente abandonado, hasta que en el año 1842, pensándose establecer allí el colegio militar naval, se le hicieron las reparaciones necesarias para la instalación de aquel importante establecimiento, por cuenta de las provincias de Galicia. Pero habiéndose después erigido el colegio en el departamento de Cádiz,

volvió a quedar sin ocupación por algún tiempo, hasta que en 1850 se estableció allí la escuela especial de maquinistas de la armada, que trasladada después al arsenal del Dique, quedó otra vez dicho edificio sin aplicación conocida».

Las sedes de Cartagena

Los 60 guardiamarinas que tenían que formar la primera promoción de la Compañía de Cartagena, a cargo del capitán de navío José Mazarredo, embarcaron en los navíos *San Eugenio* y *Vencedor*.

El cuartel de la Compañía se instaló en una casa propiedad de Hacienda sita en la plaza de San Agustín, donde se construyó un observatorio astronómico para prácticas de los alumnos. Los guardiamarinas se alojaron en habitaciones de cuatro a seis, en las Casas del Rey y de la Pescadería, y la academia, en el arsenal, en la casa de su general, ocupando parte de la planta principal y todas las del piso bajo para sala de estudios y demás oficinas. Ello implicó el desalojo de la viuda del constructor naval inglés, contratado por Jorge Juan, Eduard Bryant, a la que se compensó con 10 pesos mensuales para que, con su nutrida familia, alquilara una vivienda en la ciudad.

En el arsenal se conserva el local donde se daban las clases de esgrima con su suelo original, que se puede admirar gracias a unas placas de tetracrilato transparente que se han colocado para protegerlo.

Por otro lado, el rey, para edificar la Academia de Pilotos, había reservado un solar en el deslinde de la Muralla del Mar, pero en 1787 se resolvió construir el palacio-cuartel de guardiamarinas. Los planos de este grandioso edificio fueron trazados por Villanueva, y dos años después se inició la construcción. Por diversas circunstancias, la mayoría económicas, las obras sufrieron varias dilaciones.

El edificio contaba con una torre central para el observatorio de prácticas, que sería casi destruida en la Guerra Civil y después restaurada.

El 8 de septiembre de 1810 finalizaron las obras del nuevo edificio y el de la plaza de San Agustín fue ocupado por la mayoría general y después por capitánía. Al extinguirse la Compañía en 1824, el edificio de la Muralla del Mar pasó a ser residencia de los capitanes generales del departamento, hasta que en 1853 se trasladó al Palacio de las Puertas de Murcia, hoy sede del Cuartel General de la Fuerza de Acción Marítima.

El edificio de la Muralla del Mar fue ocupado por Intendencia, que después lo compartió con la Escuela de Torpedos, con la Escuela de Administración de la Armada, creada por Primo de Rivera, y posteriormente con los servicios generales del departamento y la residencia de oficiales.

Colegio Real y Militar de Caballeros Guardias Marinas, en La Carraca

La real orden de 26 de septiembre de 1824 dispuso que se refundieran las tres Compañías en una sola en la ciudad de San Fernando o El Puerto de

Santa María. Y al año siguiente se decidió establecer en el arsenal de La Carraca el Colegio Real y Militar de Caballeros Guardias Marinas, donde en régimen de internado cursaban sus estudios hasta que saliesen a navegar. A él pasaron las últimas promociones que se habían instruido en la Casa del Sacramento.

Instalado en un edificio situado detrás de la iglesia del Rosario (actualmente dentro del recinto de los astilleros de Navantia) que no reunía las condiciones adecuadas, tuvo muy corta duración pues, dada la situación de la Hacienda en aquellos funestos años para la Marina, se cerró en 1828, una vez que terminaron los estudios sus últimos alumnos. Los libros y mobiliario se pusieron a la venta.

De hecho, el Colegio no llegó a funcionar como tal, si bien su reglamento siguió aplicándose. Así, en adelante, los que optasen a plazas de guardiamarina habrían de realizar los estudios en centros autorizados, tales como los colegios de pilotos o escuelas de náutica. Y, después de obtener la carta-orden de guardiamarina, eran examinados en los departamentos. Los aprobados embarcaban por un período de seis años, y si superaban un nuevo examen, se les nombraba alféreces de navío.

Colegio Naval de San Carlos

Después de unos veinte años sin un centro para la formación de oficiales, en 1844 se dispuso la creación de un colegio naval «que se establecerá en el Departamento que señale el ministro de Marina». Se realizaron obras de adaptación en el edificio Carlos III —proyectado por el marqués de Ureña en la Población Militar de San Carlos—, destinado en su origen a casa de intendencia, contaduría principal del departamento y academia de pilotos. La inauguración del centro tuvo lugar el 1 de enero de 1845. Uno de los aspirantes admitidos fue Cesáreo Fernández Duro.

El edificio constaba de tres plantas. En la baja se hallaba la capilla, sala de recibo, sala de esgrima y baile, comedor, cocina, casa del alcalde de la población militar y de subalternos. En la primera estaban la dirección, administración, biblioteca, sala de juntas y alojamiento de los aspirantes. En la segunda se encontraban la enfermería, las habitaciones de los capellanes y las aulas.

El establecimiento del Colegio Naval aceleró la supresión del Cuerpo de Pilotos de la Armada, que en 1846 se declaró extinguir, surgiendo la figura del Oficial de Derrota y cesando en el ingreso en la Armada a los alumnos de los colegios de pilotos de San Telmo, en Sevilla y Málaga.

La real orden de 10 de octubre de 1850 que disponía erigir el Panteón decía al final que, aprovechando la proximidad al Colegio Naval, sería un templo en que el que el tal colegio recibiese digno ejemplo y retribuyese justo culto. El monumento era un modelo y estímulo para los que iniciaban su carrera junto a tan venerable lugar.

Escuela Naval Flotante

Sobre ella tratará mañana en su conferencia el general Cervera. Él no suele proyectar imágenes, no le hace falta. Es un recurso que utilizamos los que no poseemos sus dotes oratorias. Ahí van unas imágenes de la fragata *Asturias*, de pontón en La Graña, pero para la internada permanecía dentro del arsenal, atracada en punta en La Cortina.

El dormitorio del centenar de aspirantes que coincidían a bordo estaba en el sollado, bajo la batería. Al principio dormían en coyotes, pero más tarde tuvieron literas. El estudio estaba en la batería. Cada aspirante tenía una taquilla con su nombre, con una tabla retráctil que servía de pupitre, la parte superior, para los libros, y la inferior, para la ropa. Las taquillas estaban en ambas bandas, entre las portas, o en dos filas unidas por sus respaldos a cruz. A popa de la batería se encontraban las aulas, y a proa, los sollados de las clases y la marinería.

Los comedores, uno por banda, se encontraban en cubierta, a proa de los portalones; y bajo el castillo, los retretes o «jardines». Los cuartos de baño estaban a popa de la sala de estudios y eran muy pequeños.

A bordo se practicaba con artillería de avancarga. Los ejercicios marineros se hacían con botes de remo, vela y motor. Y en el mesana se hacían maniobras de largado y aferrado de velas, toma de rizos, etc. La esgrima, instrucción militar con fusil y gimnasia se practicaban en la sala de armas del arsenal o en el gimnasio que existía en La Graña.

Las observaciones se hacían en toldilla con sextantes dotados de horizontes artificiales. Los alumnos tomaban los datos meteorológicos, mantenían los cronómetros y cuidaban los demás equipos propios de la derrota.

Escuela Naval Militar de San Fernando

Por la Ley de Escuadra de 1908 se determinó la vuelta de la Escuela a San Fernando, si bien la pretendieron otras ciudades: Cádiz, Ferrol, Cartagena, Mahón, San Sebastián, entre otras. Ferrol proponía que se instalase dentro de su arsenal, y Cádiz proyectaba levantar un nuevo edificio. Como dato curioso, el Ayuntamiento de Mahón dirigió un telegrama al presidente del Consejo de Ministros que decía: «Ayuntamiento y fuerzas vivas Mahón suplican a V.E. que con arreglo a informe técnico del CN Miranda, se establezca aquí la Escuela Naval, comprometiéndose a costear gastos edificación local escuela».

Y nada más voy a decir de este centro, como tampoco de la Escuela Naval Militar de Marín, pues se tratarán mañana en sendas conferencias. Tan solo mencionaré que en los últimos años, en San Carlos, hubo instructores alemanes hasta 1943, sobre los cuales no he hallado ningún libro o artículo, si bien tuvieron una gran trascendencia pues muchas de las normas para el régimen interior que implantaron se mantienen vigentes.

Debemos señalar que en 1937 la República creó en Cartagena la Escuela Naval Popular, en el Colegio de las Religiosas de San Vicente, conocido por el de la Rambla, próximo al barrio de San Antón. En marzo de 1938 se convocaron cien plazas para oficiales. También hubo cursos para la Reserva Naval y dos de tres meses para las especialidades de dirección de tiro, artillería y torpedos. Como anécdota señalaremos que uno de los directores de esta escuela de Cartagena desempeñó el mismo cargo en la Escuela Naval de Marín.

Y, para finalizar, debemos destacar que todos estos cambios de sede de los diferentes centros de formación para los futuros oficiales de la Armada que hemos señalado a lo largo de nuestra exposición fueron causa de verdaderos traumas en las ciudades afectadas, que emprendieron todo tipo de presiones ante las autoridades navales y gubernamentales para evitarlos, desde el primer traslado desde la ciudad de Cádiz a la Isla de León, hasta el último cambio de la Escuela Naval de San Fernando a la ría de Marín, a la que los «cañailas», con su proverbial gracejo, llamaron «el Piano», porque cuatro gallegos hicieron la mudanza.